

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

(LAS INDUCCIONES DE LA ÉTICA)

CAPÍTULO PRIMERO

Confusión presente del pensamiento moral.

§ 111. Si los sentimientos y las ideas del hombre obedecen, como otras cosas, á la ley general de la evolución, quiere esto decir que la serie de concepciones constitutivas de la moral, con los sentimientos asociados, arrancan de un estado de conciencia relativamente incoherente é indefinido, y van adquiriendo cohesión y precisión poco á poco, á medida que su agregado se diferencia del agregado mayor con que en un principio se confunde. Permaneciendo indistinta durante mucho tiempo, la moral empieza á esbozarse después como algo independiente, pero sin adquirir cuerpo propio hasta que la evolución mental llega á un alto grado.

De ahí la confusión del pensamiento moral á la hora que corre. Esa confusión, completa en el origen, ha seguido siendo grande, naturalmente, durante el curso del progreso social; y, aunque atenuada, grande debemos suponer que es todavía en nuestro estado de semicivilización. Las nociones del bien y del mal, diversamente engendradas, y modificadas á cada cambio de orden de cosas y de la dirección de las actividades

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTECERROS, MEXICO

sociales, forman un conjunto que, aun en nuestros días, debe reputarse muy caótico.

Examinemos algunos de los principales factores de la conciencia moral, y consideremos las series de creencias y opiniones contradictorias á que han dado origen.

§ 112. Primitivamente, la moral no existe con independencia de la religión, sino que aparece diluida, por decirlo así, en esta última. La religión, á su vez, no se distingue, en su primitiva forma, del culto de los antepasados; y las acciones propiciatorias con que entonces se intenta evitar el daño que podrían hacer los espíritus de los ascendientes y obtener los beneficios que pueden conferir, son acciones dictadas por motivos de prudencia, como los que inspiran los actos de la vida ordinaria.

«¡Ven, y participa de esto! Ayúdanos como en vida», exclama el candoroso veddah (1), hablando al espíritu de su pariente al hacerle su ofrenda. Otra vez le pide suerte en la caza. Un zulú (2) sueña que el espíritu de su hermano le riñe y le pega por no ofrecerle sacrificios, diciéndole: «Quiero carne»; y al responder el perseguido: «¡Ay, hermano, no tengo novillos! ¿Ves tú ninguno en el cercado?», el espíritu replica: «Así no hubiese más que uno, lo exijo». El médico hechicero de Australia (3), al pronunciar el panegírico del cazador muerto y dar á conocer las respuestas del cadáver, anuncia que, á condición de obtener la debida venganza, el difunto promete que «su espíritu no asedia-

(1) Bailey, en las *Transactions of the Ethnological Society*. Londres, New Series, II, 302.

(2) Callaway: *The Religious System of the Amazulu*. Natal, 1869, II, 146-147.

(3) Smyth (R. B.): *The Aborigines of Victoria*. Melbourne, 1878, I, 107.

rá á la tribu, ni le infundirá miedo, ni la extraviará por falsas pistas, ni enviará enfermedades, ni moverá estrépito por la noche.» Así es, en general. Los salvajes atribuyen su buena ó mala fortuna á los espíritus de los muertos, según los agradan ó los irritan; y al ofrecerles el alimento, la bebida y el vestido, les prometen atemperarse á sus deseos, é imploran su ayuda (1).

Pasemos de la primera etapa de la civilización, en que los miembros de cada familia no veneran más que los espíritus de los padres y demás antepasados, á la segunda etapa, donde, al par que surge una jefatura, nace cierto temor al espíritu del jefe difunto; entonces se extenderán á éste también los actos propiciatorios —ofrendas, panegíricos, oraciones y promesas.—Si un hombre poderoso llega á excitar la admiración y el temor como guerrero ó gobernante, claro es que, al morir, crecerá el deseo de estar á bien con su espíritu, más poderoso aún; y ese deseo sugerirá el respeto á sus mandatos y á sus prohibiciones. Naturalmente, tras numerosas conquistas que han hecho de él un rey, se acentúan cada vez más las expresiones de la subordinación á su espíritu divinizado y mirado como omnipotente y terrible: la sumisión á su voluntad tórnase obligatoria, en virtud de la idea concomitante de que el bien y el mal consisten simplemente en la obediencia ó desobediencia á ese espíritu.

Todas las religiones ofrecen ejemplos de estas relaciones de fenómenos. Mariner dice que los indígenas de Tonga (2) «miran muchas veces como indiferentes va-

(1) Para mayor ilustración, véanse los *Principios de Sociología*, §§ 142 y 143, y las *Instituciones eclesiásticas*, § 584.

(2) Mariner: *Account of the Natives of the Tonga Islands*, 1818, II, 100.

rios actos considerados por todas las naciones civilizadas como crímenes, á menos que esos actos entrañen una falta de respeto á los dioses, á los nobles y á los viejos».

En su descripción de ciertos pueblos de la Costa de Oro (1), indica el mayor Ellis que, para ellos, la idea de pecado se circunscribe á los insultos dirigidos á los dioses ó al olvido de esos mismos dioses.

«Los dioses pueden mirar con calma los crímenes más atroces cometidos por un hombre contra otro. Esos no interesan más que á los hombres, y á ellos incumbe corregirlos ó castigarlos. Pero, como acontece con los dioses de pueblos mucho más avanzados en civilización, no hay nada que los ofenda tan profundamente como verse desatendidos, como ver que se duda de su poder, ó que se los ridiculiza.»

Si de estos casos, en que la subordinación exigida se manifiesta sólo bajo formas de reverencia, pasamos á aquellos en que existen prescripciones del orden llamado moral, vemos que la razón primaria para cumplirlas es la obligación de no ofender á Dios. Zurita (2), refiriendo los consejos que los antiguos mejicanos daban á sus hijos, menciona los siguientes: «No envenenéis á nadie, porque pecaríais contra Dios en su criatura; vuestro crimen sería descubierto y castigado... y sufriríais la misma muerte. No hagáis daño á nadie; huid del adulterio y de la lujuria: es un vicio despreciable que ofende á Dios y causa la ruina del que se entrega

(1) Ellis (A. B.): *The Tshi-Speaking Peoples of the Gold Coast of West Africa*, 1887, pág. 11.

(2) Zurita (Al. de): *Rapport sur les différentes classes de chefs de la Nouvelle Espagne* (tr. de H. Ternaux Compans), 138-141.

á él. Sed modestos: la humildad nos asegura el favor de Dios y de los poderosos.»

Pero la creencia de que el bien y el mal lo son únicamente por la voluntad de Dios aparece mucho más pronunciada aún entre los hebreos. Como dice Schenkel (1): «partiendo de que el hombre debe obediencia á las leyes divinas, miran el pecado como una rebelión. (*Isaias*, I, 2; X, 13.—*Hos.*, VII, 13.—*Amós*, IV, 4.)» Insistían sobre la exigencia de acatar los preceptos de Dios, sólo por ser preceptos de Dios, como lo prueba el *Levítico* (XVIII, 4, 5): «Ejecutaréis mis decisiones y guardaréis mis estatutos, obrando según ellos. Yo soy Jehová, vuestro Dios. Por eso observaréis mis estatutos y decisiones.»

Tal era el punto de vista en que por propia confesión se colocaban los hebreos, y así lo atestiguan sus escritos más recientes. Bruch hace notar que, según el autor del *Libro de la Sabiduría*, «la virtud es la obediencia á la voluntad de Dios, y dondequiera que la ley expresa esta voluntad, es menester que se cumpla» (VI, 5, 19). Abundando en el mismo pensamiento, escribe Fritzsche: «En el *Eclesiastés*, el mandato de Dios aparece como el verdadero motivo de la moralidad.»

Recordando que en recompensa de la fidelidad se prometía la prosperidad y el incremento de la población, mientras que desobediencias tan extrañas á la moral como la omisión de la circuncisión ó el recuento del pueblo eran acreedoras de castigo, comprenderemos lo poco que el pensamiento hebreo asociaba la buena ó mala conducta á la naturaleza intrínseca del bien y del mal,

(1) Schenkel (D.): *Bibellexicon*. Leipzig, 1860-1875, v, 431.—Bruch (J. Dr.): *Weisheitslehre der Hebräer*. Strasburgo, 1851, pág. 368.—Fritzsche y Grimm: *Exegetisches Handbuch zu den Apocryphen des Alten Testaments*, 1857-60, v, xxxiv.

y lo completamente que las asociaba á la obediencia ó desobediencia á Dios.

El ejemplo de otros pueblos antiguos patentiza que la sumisión á las prescripciones que ordenaban sacrificios y cantos de alabanza, tenía por objeto el conseguir ciertos beneficios á cambio de esa obediencia. He aquí en comprobación varios pasajes del *Rig-Veda* (1).

«Los sanakas, que no sacrificaban, han perecido. Luchando con los que sacrificaban, los que no sacrificaban huyeron, ¡oh Indra! volviendo el rostro.» (I, 33, 4-5.)

«Los hombres combaten al demonio, procurando vencer con sus acciones al que no ofrece sacrificios.» (VI, 14, 3.)

«Devanézcanse en la nada todos los pueblos que nos rodean, pero permanezca bendito en este mundo nuestro linaje.» (X, 81, 7.)

«Nosotros que deseamos caballos, botín, mujeres... ¡oh poderoso Indra, que nos das mujeres!» (IV, 17, 16.)

Análoga esperanza de un cambio de servicios encontramos en la nación egipcia, cuando Ramsés (2) invocaba el auxilio de Ammón, recordándole las hecatombes de toros que le había sacrificado. Y lo propio se ve entre los griegos primitivos, cuando Criseo (3) pedía venganza á los dioses, proclamando los títulos que tenía para dirigirse á Apolo por haber decorado su templo. Indudablemente el bien ó el mal anejos á acciones mandadas ó prohibidas, se consideraban como derivados directamente de Dios, y no como debidos indirectamente á la naturaleza de las cosas.

(1) *Rig Veda Sanita*, I, 33, 4-5; VI, 14, 3; X, 81, 7; IV, 17-16.

(2) *Records of the Past*. New Series, 1888; II, 70.

(3) *Iliada*, lib. I, 2.

Todo el mundo sabe que análogas concepciones prevalecían en la Europa de la Edad Media (1). A las invocaciones dirigidas á los santos implorando su ayuda en la batalla, á las promesas de erigir capillas á la Virgen como medio de redimir crímenes, á las expediciones de los cruzados y á las peregrinaciones emprendidas como medios de salvación, se asociaba la idea de que hay que obedecer las prescripciones divinas, únicamente porque son prescripciones divinas; á cuya idea se asociaba á la vez la de que el bien y el mal son consecuencias de la voluntad de Dios, y no efectos de causas naturales. Las fórmulas de la manumisión evidenciaban la creencia corriente: «Por temor al Dios Todopoderoso y por la salvación de mi alma, yo te emancipo», etc., ó bien: «Para aliviar mis pecados», etc. Aún en nuestros días sobrevive una concepción de este género en la mayoría de los hombres. No sólo el vulgo, sino varios teólogos y moralistas creen aún que el bien y el mal llegan á serlo en virtud de un «fiat» divino. Los discursos de los obispos á propósito del *bill* sobre el matrimonio de un viudo con la hermana de la mujer difunta, indican de sobra la actitud de los primeros; y diversos libros, entre otros el del moralista cuáquero Jonatán Dymond, revelan la de los segundos. Aunque de larga fecha venga abriéndose camino un vago reconocimiento de las sanciones naturales que acompañan á ciertos actos y no acompañan á otros, todavía se halla generalizada la creencia de que las obligaciones morales son de origen sobrenatural.

§ 113. Diversas mitologías de los antiguos pueblos, en común con las de pueblos salvajes de hoy, pintan las batallas de los dioses, ya entre sí, ya con extraños

(1) Brace (C. L.): *Gesta Christi*, ed. de 1886, pág. 230.

enemigos. Aunque no siempre las divinidades de los escandinavos, de los mongoles, de los indos, de los asirios y de los griegos son guerreros afortunados, con todo, la supremacía de los dioses sobre los otros seres, ó la de uno de ellos sobre los restantes, preséntase por lo común como fundada en la victoria. Del mismo dios hebraico se habla siempre como de un hombre de guerra, que no cesa de sojuzgar enemigos, si no en persona, por delegación.

Los jefes deificados, convertidos en héroes de las mitologías (eran á menudo invasores, como los dioses que fueron á Egipto de la tierra de Punt), legan generalmente á sus sucesores guerras pendientes ó disputas por solventar; cumplir sus órdenes ó sus voluntades conocidas triunfando de los enemigos, viene á ser entonces un deber. Aun á falta de antagonismos hereditarios con los pueblos de los alrededores, el ejemplo y el precepto del rey guerrero bastan para imprimir una sanción divina á la moral de la enemistad.

De ahí casos como el de aquel jefe de Viti (*), que se desesperaba porque había desagradado á su dios no matando bastantes enemigos. De ahí declaraciones como las de los reyes asirios (1): la de Salmanasar II, afirmando que Ashur «le ha instado vivamente á conquistar y subyugar»; la de Tiglat-Falasar, indicando que Ashur y los grandes dioses «han asignado á sus dominios una extensa frontera»; la de Sennaquerib, mirándose como instrumento de Ashur y protegido suyo en la batalla; la de Ashurbanipal, presumiendo combatir

(1) *Records of the Past*. New Series, 1888, IV, 56; *Records of the Past*, 1873, V, 8; XI, 49; IX, 42.

(*) Adoptamos este nombre, sólo por la facilidad de escribirlo en castellano, aunque más propio sería el de *Fidji* (con ortografía francesa) ó *Fiji* (con ortografía inglesa).—(N. DEL T.)

al servicio de los dioses, y teniéndolos por guías en la guerra. Tal es también la significación del relato que hace el rey egipcio Ramsés II (1) de sus portentosas hazañas en el campo de batalla, atribuyéndolas á inspiración de su divinizado padre. Lo mismo ocurre con las guerras que sostienen los judíos para ejecutar órdenes divinas: «Todo aquel á quien el Señor, nuestro Dios, arrojase de delante de nosotros, nos pertenecerá. (*Jueces*, XI, 24.)». Y en otros pueblos, y en tiempos más cercanos, vemos manifestarse la misma asociación de ideas en el nombre que toma Atila de «azote de Dios».

Las sanciones de los actos á que llevan las luchas entre sociedades distintas, cuando no nacen de ese modo, nacen inevitablemente de exigencias sociales. Ha de establecerse una correlación entre la conducta que se estima necesaria para la conservación propia, y la que se tiene por justa. Cuando en toda una comunidad los actos cotidianos están en desacuerdo con los sentimientos, esos sentimientos, continuamente reprimidos, disminuyen; y los sentimientos antagónicos, continuamente alentados, crecen, hasta que el promedio de los sentimientos se pone al unísono con el tono del estado social. Todo lo que perjudica al adversario se mira entonces, no sólo como justificable, sino como digno de elogio y como un deber. El arte de matar excita la admiración más que ninguna hazaña; se celebra el incendio de las habitaciones y la devastación de un territorio, y entre trofeos, que llegan hasta tomar la forma de una pirámide de cabezas, el vencedor y sus secuaces pregonan ese orgullo que inspira la conciencia de las grandes acciones.

(1) *Records of the Past*, 1873, II, 70-72.

Esas concepciones y esos sentimientos, que saltan á la vista en las epopeyas y en la historia del mundo antiguo, han seguido siendo patentes durante el curso de la evolución social, y patentes son aún. Si en vez del código *nominal* de lo bueno y de lo malo, buscamos el código *efectivo*, veremos que en la mayoría de los espíritus ocupan el primer puesto las virtudes guerreras. ¿Se habla de oficiales muertos en una guerra nefanda? Se dirá que murieron como caballeros. Y entre hombres civiles, lo mismo que entre militares, existe la aprobación tácita del bandolerismo político, que sigue enseñoreándose de varios puntos del globo, mientras que nadie protesta contra las matanzas que un eufemismo llama «castigos».

§ 114. Pero si para la defensa y la conquista, en la lucha de unas sociedades con otras, fueron menester actos atentatorios, los cuales adquirieron en el espíritu de los hombres la sanción que implica el llamarlos legítimos, dentro de cada sociedad para nada eran menester tales actos, y en cambio, se exigían acciones de un carácter opuesto. Por violentas que puedan ser frecuentemente las relaciones de los miembros de una misma tribu entre sí, su acción combinada contra otras tribus sería irrealizable sin cierta confianza mutua, basada en testimonios de amistad y lealtad. Y como una conducta que favorece la cooperación armoniosa dentro de la tribu conduce á su prosperidad, á su crecimiento, y, por consecuencia, á su victoria sobre las otras, la supervivencia de las más aptas da por resultado la adopción de esa conducta como característica general.

La autoridad de los gobernantes presta á la moral de la amistad un nuevo apoyo. Reconociendo los jefes que la discordia es fuente de debilidad para la tribu, reprueban los actos susceptibles de engendrarla; y, una

vez muertos y divinizados, el recuerdo de sus órdenes confiere una sanción sobrenatural á los actos favorables á la concordia, y amenaza con una condenación sobrenatural á los que la dificultan. He ahí el origen de lo que llamamos los códigos de moral. He ahí también por qué, en las sociedades numerosas formadas de diversas razas humanas, esos códigos coinciden en prohibir las acciones que son notoriamente antisociales.

Tenemos pruebas, ya expresas, ya implícitas, de que los códigos de moral así formados, se transmiten de generación en generación. Los karenes (1), verbigracia, «atribuyen todas sus leyes é instrucciones á los ancianos de las generaciones precedentes». Según Schoolcraft (2), los dacotas «repiten tradiciones y máximas á su familia y recomiendan á sus hijos que ajusten á esas reglas su vida». Morgan (3) nos dice asimismo que en las exequias de los sachems de los iroqueses, «se invertía una parte importante de la ceremonia en recitar las antiguas leyes y los antiguos usos». Y es manifiesto que, siendo los sachems los que mandaban, el recuerdo de sus prescripciones durante los funerales equivalía á una seguridad tácita de obediencia, y sus prescripciones se convertían en un *credo* ético revestido de una sanción casi sobrenatural.

En ausencia de un código sistemático de conducta, los primeros legisladores no denunciaron abiertamente las transgresiones más graves, aquéllas cuya abominación, reconocida desde un principio, se tenía por

(1) Mason, en el *Journal of the Asiatic Society-Bengal*, xxxvii, 2.^a parte, 143.

(2) Schoolcraft (H. R.): *Historical and Statistical Information respecting the Indian Tribes of the United States*, cinco volúmenes. Filadelfia, 1857-60, iv, 70.

(3) Morgan (L. H.): *League of the Iroquois*. Roch, U. S. A. 1857, pág. 119.

cosa juzgada: bien así como nuestros sacerdotes no insisten sobre la iniquidad del asesinato y del robo. En cambio, son muy frecuentes las prohibiciones relativas á faltas menos graves de la conducta ordinaria y las recomendaciones de conducirse bien. Las obras de los antiguos indos suministran ejemplos, y muestran á la par cómo la reacción contra el egoísmo extremado lleva á la expresión de un extremado altruismo. Así, en la última parte de esa composición tan heterogénea, el *Mahabharata* (1), leemos:

«Aunque tú seas desgraciado, huélgate de la prosperidad ajena; los hombres nobles se alegran de la felicidad del prójimo.»

En el *Kiratarjuniya*, de Bharavi, se dice:

«Los nobles corazones se consagran á procurar la felicidad de los demás, aun de los mismos que los ofenden.»

En el mismo sentido abunda este pasaje del *Curat*:

«El ejercicio de la benevolencia es todo el secreto de la prosperidad.

»No vive verdaderamente sino el que conoce y cumple los deberes de la benevolencia. El que los ignora debe contarse entre los muertos.»

En los libros chinos, las prescripciones de los taoístas y las máximas morales de Confucio (2), nos ofrecen ejemplo de un desarrollo elevado de la moral de la amistad. Enumerando las cinco virtudes cardinales, dice Confucio:

«Las primeras son: la *humanidad*, es decir, esa sim-

(1) *Mahabharata*, XIII, 3380; Bharavi, véase Williams (Monier): *Indian Wisdom*, 1875, pág. 459; *Curat*, véase Comway (M. D.): *Sacred Anthology*, 1874, pág. 220.

(2) Alexander (G. C.): *Confucius, the great Teacher*, 1890, 117, 254, 255.

patía universal que debe existir de hombre á hombre, sin distinción de clases ni razas, y la *justicia*, que da á cada miembro de la comunidad lo que le corresponde, sin favor ni preferencias.»

Y en otro pasaje expresa, bajo una forma diferente, la máxima cristiana:

«Que nadie haga á sus inferiores lo que le desagrada en sus superiores; á los que están delante de él lo que le desagrada en los que están detrás; á los que están á su derecha lo que le desagrada en los que están á su izquierda.»

La vida social del antiguo Egipto había engendrado un claro reconocimiento de los principios esenciales de una cooperación armoniosa. Renouf cita y corrobora por su cuenta esta afirmación de Chabas (1):

«Ninguna de las virtudes cristianas falta allí. La piedad, la caridad, la dulzura, el dominio de sí mismo en palabras y en actos, la castidad, la protección de los débiles, la benevolencia hacia los humildes, la deferencia hacia los superiores, el respeto de la propiedad hasta en sus más mínimos detalles... Y todo expresado en un lenguaje excelente.»

Y, como dice Kuenen, dando las pruebas de su afirmación, esos mismos principios son los que adoptaron los hebreos, los que formuló Moisés en el Decálogo, y los que, resumidos por el cristianismo en lo sustancial, han servido hasta el día, en unión con las máximas cristianas, de criterios de conducta.

El hecho capital que aquí nos importa recoger es que, de una ú otra manera, las colectividades han establecido por lo común para su uso, ya tácita, ya expresamente, ora bajo una forma rudimentaria, ora

(1) Renouf: *Hibbert Lectures*, 187, 972.

bajo una forma desenvuelta, series de prescripciones y de prohibiciones conducentes al mantenimiento de la amistad interior. El génesis de esos Códigos y la sumisión parcial á sus reglas han sido hechos necesarios, porque, de no admitirse ni cumplirse de ningún modo, hubiese sobrevenido la disolución de la sociedad.

§ 115. Como la moral de la enemistad y la de la amistad tienen que coexistir, puesto que ambas han respondido en su nacimiento á condiciones externas é internas de las sociedades, se ha formado á la postre un conjunto de sentimientos y de ideas absolutamente incompatibles. No cabe armonizar sus elementos componentes, y, sin embargo, todos han de aceptarse y tenerse en cuenta. Las contradicciones que de aquí se originan, á cada paso se ven, y á cada paso se ve igualmente que los hombres se encuentran bien avenidos con semejante estado de cosas.

Cuando después de oraciones implorando la asistencia divina, casi todos los obispos aprueban una invasión injustificable como la del Afganistán, el incidente pasa inadvertido, sin provocar ninguna manifestación de sorpresa. Por el contrario, el obispo de Durham (1) preside un Congreso de la paz, y se comenta el hecho como un acto notable. Cuando un par, lord Canbrook (2), hablando contra el arbitraje internacional en una conferencia diocesana, dice que «no está completamente seguro de que el estado de paz no fuese más peligroso para una nación que la guerra», esa asamblea de sacerdotes de la religión de amor no formula protesta ninguna. Ni tampoco se produce un movimiento general de reprobación ni entre eclesiásticos,

(1) *Herald of Peace*, Diciembre de 1890.

(2) *Standard* del 12 de Julio de 1889.

ni entre seglares, cuando uno de los jefes de la Iglesia, el Dr. Moorhouse (1), defendiendo un sistema de educación física y moral destinado á preparar á los ingleses para la guerra, manifiesta el deseo «de que lleguen á ser como el zorro que, acosado por los perros, muere mordiendo», y añade que «esas son cualidades morales que hay que estimular y desenvolver en el pueblo, y que, á su juicio, sólo la gracia de Dios, obrando en los corazones, puede producir ese resultado.» Y en esta tierra, plagada de iglesias y de capillas cristianas, el sentimiento popular está en completa armonía con esa exhortación del obispo de Manchester. No hay sino ver el ardor con que el pueblo devora las reseñas de los partidos de *football*, que ocasionan una muerte cada semana por término medio; no hay sino ver cómo se abalanza sobre periódicos cuajados de pormenores de un brutal pujilato, y que despachan en unas cuantas líneas las tareas de un Congreso de la paz; no hay sino ver, en fin, la liberalidad con que otorga sus favores á publicaciones ilustradas donde la mitad de los grabados representan escenas ó medios de destrucción de la vida.

Si pasamos al continente, todavía salta más á los ojos la contradicción que existe entre la moral de la amistad, nominalmente adoptada, y la moral de la enemistad, adoptada de hecho. En Francia, como en todas partes, los muchos á quienes corresponde difundir el precepto de hacer bien al enemigo, permanecen mudos sobre este punto; y, en vez de esforzarse en conseguir que su pueblo envaine la espada, ellos mismos tienen que servir en el ejército durante sus años de estudios, bajo la dirección de ese pueblo á quien han

(1) *Manchester Examiner* del 14 de Mayo de 1887.

estado adoctrinando. Y no es por una mira humanitaria, no es por la felicidad de los hombres, dentro ó fuera de su país, por lo que los franceses se someten á la carga abrumadora de su presupuesto militar, sino para recuperar violentamente territorios que les fueron arrebatados en pena de sus alardes agresivos. ¿Y no hemos visto recientemente que una ola de entusiasmo popular estuvo á punto de elevar al poder supremo á un soldado, con la esperanza de que condujese al país á una guerra de desquite?

Igual es la situación en la protestante Alemania, la patria de Lutero y el hogar favorito de la teología cristiana. Harto se traslucen los sentimientos nacionales en aquella orden del día dirigida por el Emperador (1) á sus soldados, al subir al trono, y donde, después de decir que «los decretos de Dios le colocan á la cabeza del ejército», y después de expresar su sumisión á «la voluntad divina», concluye haciendo el juramento «de recordar siempre que la mirada de sus antepasados le sigue desde el otro mundo, y que un día tendrá que darles cuenta de la gloria y del honor del ejército». A ese juramento, pagano por sus sentimientos y sus ideas, y en armonía con él, puede añadirse el panegírico más reciente de los círculos de duelistas, aquel panegírico á poco del cual el Emperador celebraba en persona el servicio divino á bordo de su yate.

La absoluta contradicción que en toda Europa existe entre esos códigos de conducta, amoldados respectivamente á las exigencias de la amistad interior y de la enemistad exterior, pálpase en el hecho significativo de que al lado de varias centenas de millares de sacerdotes que, se supone, predicán el perdón de las inju-

(1) Véanse los periódicos de 18 de Junio de 1888.

rias, se alinean ejércitos mil veces mayores que ninguno de los que la historia recuerda.

§ 116. Pero en unión con tales concepciones morales, originadas de uno ú otro modo, y acompañadas de esta ó la otra sanción, se ha desenvuelto paulatinamente una concepción distinta, engendrada tan sólo por el conocimiento de las consecuencias naturales de los actos. Inevitable era ese lento nacimiento de una moral utilitaria, ya que las razones que inspiraban los mandamientos ó las prohibiciones de un jefe, vivo ó divinizado, eran por lo común razones de conveniencia, más ó menos visibles para todos. Aunque una vez establecidas esas prescripciones y prohibiciones, se acatasen principalmente por estimarse un deber la obediencia á la autoridad que las imponía, casi siempre se juntaba á este motivo alguna percepción de su utilidad.

Aun entre los pueblos poco ó nada civilizados, se descubre un utilitarismo naciente. Los melgaches (1), por ejemplo, poseen «leyes contra el adulterio, el robo y el asesinato... Se impone también una multa al que maldice á los padres de otro. No blasfeman nunca; y hacen esas cosas, según dicen, «porque son útiles y convenientes, y porque si tales leyes no existiesen, no podríamos vivir unos al lado de otros».

En los últimos escritos de los hebreos se dibujan claramente los rudimentos de una moral utilitaria; porque aunque, según la observación de Bruch (2) á propósito del autor del *Eclesiastés*, «todas sus reglas y preceptos morales se refieren al temor de Dios, conforme al verdadero espíritu hebraico», sin embargo, varias de esas máximas no tienen su origen en las prescrip-

(1) R. Drury: *Madagascar*, 1729, pág. 192.

(2) Bruch: *Weishetslehre der Hebräer*. Estrasburgo, 1851, pág. 311.

ciones divinas. Los consejos que da de evitar una excesiva dependencia, de apreciar una buena reputación, de ser comedidos en palabras y moderados en el alimento y la bebida, son consejos que se inspiran en los resultados de la experiencia. Algunos egipcios habían llegado á un sistema completo de moral utilitaria. Mr. Poole escribe:

«Ptah-hotep (1) se ha cansado de observar prácticas religiosas ya gastadas. Trata de sustituir las interminables prescripciones de la religión vigente con una sencilla doctrina moral, fundada en la experiencia de una larga vida.»

Sus proverbios «insisten sobre las ventajas de una vida virtuosa en el presente. El porvenir no ocupa puesto ninguno en su sistema...» «Esa filosofía moral de los sabios se eleva muy por cima de la del *Libro de los Muertos*, ya que elimina todo elemento ocioso y no enseña más que los deberes necesarios. Tiene por fundamento la utilidad. El amor de Dios y el amor de los hombres no figuran allí entre los móviles de la virtud.»

Lo mismo pasó en Grecia. En los *Diálogos* platónicos y en la *Ética* de Aristóteles vemos ya á la moral separada, en gran parte, de la teología, y descansando en una base utilitaria.

En los tiempos modernos, Paley nos ofrece un ejemplo vivo de la divergencia existente entre la moral del interés y la moral teológica: como ministro del culto, atribuía al bien y al mal orígenes divinos; y como hombre privado, los derivaba de la observación de las consecuencias de los hechos. Después de Paley, este segundo punto de vista ha ganado á expensas del pri-

(1) Artículo Poole en la *Contemporary Review*, Agosto de 1881, pág. 286.

mero, y Bentham y Mill han erigido la utilidad en única norma de conducta. Para Mill, hasta tal punto llega á ser la soberana sanción el logro del bien humano, en vez de supuestos mandamientos divinos, que se niega á llamar «bueno» á un Ser Supremo cuyos actos no son sancionados por «la más alta moralidad humana»; y afirma: «Si tal Ser puede condenarme al infierno, por no llamárselo, al infierno iré (2).»

§ 117. Pero es de advertir que los preceptos morales han tenido aún otra fuente. La obediencia tradicional á ciertas reglas de conducta ha engendrado sentimientos apropiados á esas reglas. La disciplina de la vida social produce en el hombre concepciones y emociones que, independientemente de supuestas órdenes de Dios y de las consecuencias de los hechos, determinan cierto grado de simpatía por la conducta favorable al bien social y de antipatía por la contraria. A ese amoldamiento de la naturaleza humana ha contribuido manifiestamente la supervivencia de los hombres más aptos; porque claro es que, en igualdad de circunstancias, los grupos de hombres cuyos sentimientos se acomodasen menos á las necesidades sociales han tenido que ceder el puesto á los grupos cuyos sentimientos se amoldasen mejor á esas necesidades.

En las razas parcialmente civilizadas, se manifiesta ya el influjo de los sentimientos morales producidos de esa suerte. Cook dice (1):

«Los tahitianos distinguen entre lo malo y lo bueno por las simples inspiraciones de la conciencia natural, y se condenan á sí mismos involuntariamente, cuando

(1) Stuart Mill: *Examination of Hamilton's Philosophy*. Ed. de 1867, pág. 124.

(2) Hawkesworth: *An account of the Voyages undertaken by comm. Byron, capt. Vallis, capt. Cook, etc.* 1773, II, 101, 102.

hacen á otros lo que en otros condenarían si se lo hicieran á ellos.»

Los antiguos libros indos delatan también el influjo de los sentimientos morales desde las primeras etapas de ciertos pueblos civilizados. En el *Mahabharata* (1), Draupadi se queja de la desgracia de su virtuoso esposo, y acusa de injusta á la divinidad. Pero Yuddishthira le responde:

«Tus sentimientos son impíos. Yo no obro con la mira de una recompensa. Doy lo que debo dar... Concédaseme ó no una recompensa, procuro hacer lo que debe hacer un hombre... Mis pensamientos no tienen más objeto que el deber, y obro así naturalmente. Es un vil el que quiere convertir su virtud en provechosa mercancía. El hombre que quiere *ordeñar* la virtud no obtiene su recompensa... No dudes de la virtud. Dudar de ella es aproximarse al animal.»

En otro de esos antiguos libros, en el *Ramayana* (2), leemos:

«La virtud es un servicio que el hombre se debe á sí propio; y, aunque no hubiese cielo, ni Dios, para gobernar el mundo, no por eso dejaría de ser la virtud la ley imperativa de la vida. Privilegio es del hombre conocer lo justo y cumplirlo.»

Los chinos, según Edkins (3), miran también la conciencia como la suprema autoridad. He aquí lo que dice:

«Cuando se les presentan argumentos á favor de una nueva religión, al punto los refieren á un tipo moral, y los admiten espontáneamente, si salen victoriosos de esa prueba. No preguntan si aquello es divino, sino si es bueno.»

(1) *Mahabharata*, III, 1124.

(2) Richardson: *The Iliad of the East*, 1870, pág. 149.

(3) Edkins: *The Religious condition of the Chinese*, 85, 179.

En otra parte advierte que, según la moral de Confucio, el pecado «es un acto que hace perder al hombre el respeto de sí mismo y ofende su sentimiento de lo justo»; pero no se considera «como una violación de la ley de Dios».

Los escritores modernos que afirman la existencia de un sentido moral, y consideran como reglas de conducta las intuiciones que sugiere, pueden dividirse en dos clases. Unos, adoptando un punto de vista análogo al que acabo de citar de Confucio, sostienen que los dictados de la conciencia son imperativos, independientemente de toda alegación de divinos mandamientos; y aun constituyen la piedra de toque á que esos mandamientos han de someterse, no pudiendo admitirse como divino el que resista á la prueba. Otros, al contrario, subordinan la autoridad de la conciencia á la de mandamientos que aceptan como emanados de Dios, y le asignan por todo papel el de inspirar la obediencia á esos mandamientos. Pero ambas opiniones coinciden en colocar el dictamen de la conciencia por cima de las consideraciones del interés, y en atribuir á la conciencia tácitamente un origen sobrenatural. Otra coincidencia: suponiendo las dos que la conciencia moral es innata, y admitiendo el dogma corriente de que la naturaleza humana es la misma dondequiera, suponen también en común que el sentido moral es idéntico en todos los hombres.

Pero, según hemos expuesto, al comienzo, puede convenirse con los moralistas de la escuela intuitiva en la existencia del sentido moral, y disentir en cuanto á su origen. He sostenido en la primera parte de esta obra, y en otros puntos, que, aunque existen sentimientos de la especie alegada, son de origen natural y no sobrenatural; que, engendrados por la disciplina de las

actividades sociales internas ó externas, no son iguales en todos los hombres, sino que varían más ó menos al igual de las actividades sociales; y que, en virtud de su modo de generación, poseen una autoridad coordinada á las inducciones de la utilidad.

§ 118. Antes de ir más lejos, convendrá resumir estas diversas afirmaciones, alterando algo el orden de exposición y el punto de vista.

Merced á la supervivencia de los individuos mejor acondicionados, las facultades de cada especie de seres tienden á adaptarse á su modo de vida. Lo mismo debe acontecer en el hombre. Desde las primeras edades, los grupos humanos cuyos sentimientos y concepciones estaban en armonía con las condiciones de su existencia, han debido, en igualdad de circunstancias, acrecentarse y suplantar á aquellos otros cuyas concepciones y sentimientos estaban en desacuerdo con esas condiciones.

A pesar de un corto número de excepciones debidas á circunstancias particulares, puede afirmarse que las tribus salvajes, como las sociedades civilizadas, han tenido que proseguir continuamente en el exterior una obra de defensa y en el interior una obra de cooperación: fuera reinaba el antagonismo; dentro, la amistad. Sus miembros, pues, han necesitado dos series de sentimientos y de ideas, correspondientes á esas dos líneas de conducta.

En las sociedades que obedecen á religiones indígenas no aparece al descubierto el conflicto entre esos dos códigos. La orden de aniquilar á los enemigos de fuera y la de abstenerse de actos que provoquen discordias intestinas, emanan igualmente de un jefe vivo ó divinizado; en ambos casos, la obligación requerida tiene su origen, no en la naturaleza de los actos prescritos, sino en la necesidad de la obediencia; y pues los dos

preceptos poseen la misma sanción, no se ve que sean contradictorios. Pero la antinomia surge allí donde, como en los países cristianos, la religión indígena, á cuyo favor coexistían con la misma fuerza obligatoria la moral de la enemistad y la de la amistad, ha sido reemplazada por otra religión venida de fuera, que no enseña más que la moral de la amistad y anatematiza la moral de la enemistad. Habiendo persistido los antagonismos internacionales, ha sobrevivido naturalmente la moral de la enemistad, que respondía á sus exigencias; pero como esa moral no cabe dentro de la fe nominalmente profesada, no ha obtenido la sanción religiosa. Resulta de aquí que en nuestra sociedad existe una débil capa de cristianismo cubriendo un espeso fondo de paganismo. El cristianismo impone deberes que el paganismo no reconoce; y el paganismo impone deberes que el cristianismo reprueba. En apariencia, se conceden todos los honores á la nueva religión superpuesta á la antigua y á su sistema de moral; pero de hecho se sigue obedeciendo á la moral, nominalmente desacreditada, de la religión abolida. Se cree en esas dos religiones, en la segunda más firmemente que en la primera. Los hombres que, á merced de las circunstancias, se someten alternativamente á los principios de la una ó de la otra, se amoldan como pueden á esas contradictorias creencias, ó, más bien, se guardan de confesar sus contradicciones.

Tal es la primera de las diversas causas de confusión del pensamiento moral. Como la opinión corriente identifica los preceptos morales con los mandamientos divinos, no se estiman morales sino aquellos preceptos que se hallan en armonía con la religión nominalmente aceptada, es decir, con el cristianismo, mientras que á los que pertenecen á la religión primitiva y aboli-

da no se les concede ese carácter, por imperativos que se consideren y por resueltamente que se obedezcan. De ahí que se haya llegado á reconocer dos clases de deberes y de virtudes, que se aprueban ó condenan de análogo modo, aunque asociando la una á concepciones morales y la otra no. La consecuencia es que los hombres no pueden armonizar sus creencias reales y sus creencias nominales.

Otras confusiones dimanar, no del conflicto de los códigos, sino del conflicto de las sanciones. La autoridad de las reglas de conducta, dicen los filósofos utilitarios, no deriva de los mandamientos divinos, sino del reconocimiento de su eficacia para contribuir al bien del hombre. En cambio, los escritores de la escuela del sentido moral, admitan ó no la existencia de mandamientos divinos, erigen á la conciencia en árbitro, y miran como imperativo su dictamen, independientemente del cálculo de las consecuencias. La diferencia esencial entre estas dos escuelas de moralistas consiste manifiestamente en que los unos niegan todo valor para la conducta práctica á nuestros sentimientos y apreciaciones de los actos, mientras que los otros les atribuyen un valor supremo.

En presencia de tal conflicto de códigos y de sanciones, ¿qué es lo que ante todo nos importa? Lo que importa ante todo es examinar las ideas y sentimientos que poseen actualmente los hombres en punto á la conducta, haciendo abstracción de las nomenclaturas aceptadas y de las profesiones de fe corrientes. La necesidad de este análisis resaltará mejor al hacerlo, porque entonces se verá con toda evidencia que la confusión del pensamiento moral es mayor aún de lo que hemos notado hasta ahora.

CAPITULO II

¿Qué ideas y sentimientos son morales?

§ 119. Al leer el párrafo del anterior capítulo, en que se describe la moral de la enemistad, habrán protestado interiormente varios de mis lectores, quizá la mayoría. Guiados por sentimientos é ideas que se remontan á las primeras lecciones de su infancia, y que se inculcaron constantemente á su espíritu en el hogar doméstico y en la iglesia, han asociado con vínculo casi indisoluble una doctrina general del bien y del mal á los mandamientos y á las prohibiciones particulares que encierra el Decálogo, y que miran á las acciones de unos hombres con respecto á otros dentro de una misma sociedad, sin ocuparse de sus actos combinados contra sociedades extrañas. De esa suerte se ha llegado á circunscribir la concepción de la ética á lo que yo he distinguido con el nombre de moral de la amistad; hablar de la moral de la enemistad parece un absurdo.

Y sin embargo, es indudable que los hombres asocian las ideas de lo justo y de lo injusto con el objeto perseguido en las contiendas entre tribus ó naciones. Se aplaude ó se censura la conducta de un hombre en